



# MIGUEL ÁNGEL AGUILAR EN SILLA DE PISTA

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

EN SILLA DE PISTA

*Álbum de momentos vividos en primera línea*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Miguel Ángel Aguilar, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Iconografía: Grupo Planeta

© de las ilustraciones del interior, archivo del autor, cortesía de © Marisa Flórez,

© EFE/lafototeca.com

Primera edición: octubre de 2018

Depósito legal: B. 20.161-2018

ISBN: 978-84-08-19438-5

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Black Print

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

# Índice

<i>Prólogo. El periodista que estaba allí</i>	15
<b>1. ORÍGENES: RAÍCES, FAMILIA, ESTUDIOS</b>	23
De derechas de toda la vida	23
Enganchado al Opus Dei	26
Degenerando	28
«Corre pero no vuela»	31
<b>2. LA PRENSA QUE QUERÍA ESTRENAR LIBERTADES</b>	38
<i>El Heraldo de Madrid</i> , botín de guerra	38
El día en que llegué a la redacción del <i>Madrid</i>	40
Antiperiodismo militante	48
El aplausómetro	54
La universidad, banco de pruebas	56
Ante Dios, ante la historia y ante la prensa extranjera	59
Encontronazo en Londres	65
De <i>Madrid</i> al cierre	69
<b>3. EL PRESTIGIO DEL TERROR</b>	73
Bruselas, cámara de descompresión	73
Sánchez Bella en el Palais d'Egmont	77

Las noticias están en los bares	79
Consejo en el Pazo de Meirás y tangos en Volvoretta	82
Emilio Romero, en socorro del vencedor	87
Girón: revolución pendiente sin lucro cesante	88
Urgente: desterrar el fatal espíritu de la Enciclopedia	98
La Marcha Verde y el Sahara para Marruecos	101
El precedente portugués: unos al búnker, otros a la reforma	109
<b>4. MORIR MATANDO</b>	116
Los últimos fusilamientos de Franco	116
La segunda muerte de Franco, entre la guerra y La Paz	124
<b>5. LA TRANSICIÓN: DEL ¿HASTA CUÁNDO? AL ¿HACIA DÓNDE?</b>	142
Las Fuerzas Armadas y el cambio de lealtades	142
La prensa: cuando la naturaleza copia al arte	148
Pronto llegará la Constitución y seremos como los demás	154
Sábado Santo rojo para legalizar el PCE	164
<b>6. A LA DEMOCRACIA POR LA RUPTURA PACTADA</b>	171
La escisión de los franquistas: el búnker y la reforma	171
Las últimas Cortes del franquismo	172
El harakiri como último servicio	175
Suárez no era de antiguo abolengo	179
Extraños compañeros de cama	187
El desagradecimiento de los electores	188
Pasionaria, Alberti y Jordi Pujol en el hemiciclo	191

<b>7. DE POLÍTICOS, PERIODISTAS Y ESCOLTAS</b>	194
El Club Blanco White, lo más de lo más	194
El superagente Conesa me quería proteger	199
La escolta de nunca acabar	204
Ejercicios de tiro en un pinar	206
De viaje con el presidente	209
<b>8. LA CONSTITUCIÓN Y SUS ATMÓSFERAS</b>	211
La Comisión Constitucional, un puchero donde todos querían mojar	211
Cambio climático en las bancadas	219
El periodista y sus fuentes	222
<b>9. EL GOLFISMO ANTES DEL GOLPE</b>	223
Adhesiones a pesar de las penurias	223
Instituciones de hoja perenne	225
Del antagonismo a la distancia crítica	229
Los terroristas no daban tregua	234
Ruido de sables	238
De «galaxias» y constelaciones	242
Intentona militar abortada	248
Ser cesado de pie o dimitir de rodillas	251
«Enorgullécete de tu fracaso»	254
De la jurisdicción militar a la ordinaria	255
Incorporado al equipo de <i>El País</i>	256
<b>10. EL «23 DE TEJERO» EN TRIBUNA</b>	258
¡Fuego, fuego!	258
Estigmas gloriosos de sus propias heridas	261
Arma al brazo y pagando las copas	263
Sin encuadramiento, ¡sálvese quien pueda!	265
Héroes de la retirada	268
A las diez, periodistas fuera	269

Confusión en la orilla del Palace	270
«Conmigo estarán a salvo»	273
Escapar por la ventana	275
La música militar, señal de humillación	276
Hablar, escuchar y asentir	278
Del brazo de Pedro J.	281
<b>11. TRAYECTORIA EN DIENTE DE SIERRA</b>	284
<i>El País</i> , monopolio de los juicios morales	284
La prohibición del alcohol dispara el alcoholismo	289
En Chapel Hill, la distancia clarificadora	291
Luis Carandell, mi agente literario	293
El premio al Tonto Contemporáneo	295
En la agencia EFE cuando cumplía cincuenta	305
Pinochet en la Moneda y González en la Moncloa	313
Asunto liquidado	318
En Goya se ha puesto <i>El Sol</i>	320
<b>12. HISTORIAS DE LA TELE</b>	328
Del Paseo de La Habana en adelante	328
González nombra Gobierno, y Guerra, director de RTVE	329
Lazarov prefiere figurantes en la redacción de Tele 5	332
Ley de la gravitación informativa	334
El himno nacional, propiedad privada	337
A lomos de quién avanza la causa de la libertad	343
<i>El primer café</i> desde San José a San Sebastián	345
Lo de Caín y Abel, sin aclararse	347
<b>13. HISTORIAS DE LA RADIO</b>	351
En los micrófonos de la Cadena SER	351

Brandy viejísimo de Jerez Conde de Garvey	359
¿Pero qué broma es esta?	362
<b>14. POR EUROPA Y LAS LIBERTADES</b>	<b>365</b>
Golpe en la notaría	365
Michnik-Jaruzelski: reconciliación de preso y carcelero	370
Los suscriptores del <i>NYT</i> sospechosos de comunismo	372
Algunos sucedidos en La Habana	373
Misión en Eslovaquia: «nation building» y libertades	377
En la senda de Francisco Cerecedo	378
De Ferlosio a Cerón	380
La Fundación Carlos de Amberes, desde 1594	384
<b>15. AQUÍ Y AHORA</b>	<b>389</b>
Ni del victimato ni de la cofradía del Santo Reproche	389
La entrevista al <i>NYT</i> , fulminante	391
Un cadáver exquisito	394
<i>Menciones</i>	399
<i>Índice onomástico</i>	403



# 1

## Orígenes: raíces, familia, estudios

### De derechas de toda la vida

Nací en Madrid un lunes 15 de febrero de 1943. Mi padre, Francisco Aguilar Stuyck, era doctor en Medicina y Cirugía (especialista en aparato digestivo) y operaba en el Hospital General de la Beneficencia del Estado y en el Hospital de San Luis de los Franceses, donde se refugió al sentirse perseguido después del alzamiento del 18 de julio del 36. Bajo la protección de la embajada de Francia, logró salir por Valencia a Marsella y llegar a San Sebastián, donde hubo de presentarse a la autoridad, por supuesto militar, y en calidad de alférez honorario (no provisional) prestó servicio en hospitales de campaña. Mi madre, María Luisa Tremoya Nacarino-Brabo, era nacida en Manila de padres españoles. Yo era su octavo hijo por orden de aparición en escena. Me habían precedido: Miguel, María Luisa, Francisco, Marisol, José María, Pilarín y María Dolores. El mayor, Miguel, del que heredé el nombre, había muerto en Fuenterrabía durante la guerra, en 1938, después de una larga enfermedad. A mí me siguieron Antonio, Ignacio, Santiago y Rafael. Con ello mi posición en el esquema de fuerzas familiares se niveló bastante.



*La familia, alrededor de la abuela Eloísa. En primera fila: Antonio, Ignacio y yo. En segunda: María Dolores; Santiago; mi padre, Francisco; mi abuela, Eloísa Stuyck; mi madre, María Luisa Tremoya Nacarino-Bravo; Rafael y Pilar. En tercera: María Luisa, Francisco, Marisol y José María.*

Cursé los estudios de primaria y bachillerato en el Colegio de Nuestra Señora de las Maravillas, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, e hice la reválida en el Instituto de Enseñanza Media Ramiro de Maeztu. A partir de cuarto, al concluir el bachillerato elemental, opté por ciencias para el bachillerato superior.

Durante los años del bachillerato, pasé los veranos ayudando en las labores propias de la recolección —sacar, trillar, limpiar, poner el grano en los costales y subirlos al silo— en las tierras de labor de mi padre en el término de Cubas de la Sagra (Madrid). El jornal que recibía por estas tareas era de cinco pesetas por hora. El trabajo compartido con labradores como Atanasio Barrigüete (*el Cano*) y Pedro del Río (*el Cabezón*) y con el navarro que hacía de mayoral, Manuel Bados, me convirtió en su amigo pese a la diferencia de edad.



*En Cubas de la Sagra con Consuelo Fernández, mi niñera, hacia 1983, cuarenta años después de que me tuviera en brazos. La mayor incondicional que tuve nunca.*

## Enganchado al Opus Dei

Entroncado en una familia que cuenta con más de cinco generaciones de profesionales en la astronomía y en la milicia, sin adscripción política activa, fui aproximado por primera vez al Opus Dei cuando contaba quince años y cursaba el preuniversitario. Algunos compañeros de pupitre en el Maravillas me invitaron a uno de esos pisos que luego supe llamaban de San Rafael para rezar una salve a la Virgen y compartir las meditaciones y los círculos que organizaban los sábados y que desembocaban en una tertulia de ambiente universitario. Allí encontré un clima afectuoso de estudio y estímulo intelectual que resultaba de la suma de gente alegre, con talento y sentido del humor. Mencionaré a Carlos Mellizo, estudiante del Colegio del Pilar y luego de la Facultad de Filosofía y Letras de la Complutense, y hermano del periodista Felipe Mellizo, al que conocí algunos años después. Carlos puesto al piano entonaba las canciones de Ignacio Villa, llamado Bola de Nieve, como la inolvidable «Mamá, la negrita / que se le salen los pies de la cunita...». La merienda era buena prueba del desprendimiento que allí se cultivaba, de forma que todos aportaban sus bocadillos y luego troceados, se redistribuían de modo que a quien había aportado uno de jamón podía suceder que hubiera de conformarse con otro de mortadela improvisado en el Bar García de la calle Padilla, en la acera de enfrente.

En los meses de vacaciones, quienes habíamos pedido la admisión en la Obra seguíamos un plan de estudios diseñado con asignaturas de Filosofía y Teología alojados en los colegios mayores disponibles. Del mes de agosto de 1961 recuerdo un curso de verano en La Estila, un colegio mayor de la Universidad de Santiago de Compostela donde una tarde apareció el Padre, es decir, monseñor José María Escrivá, en visita sorpresa. Fuimos convocados por el director José Antonio Galera en la sala de estar para una tertulia. En ella preguntamos a monseñor por la situa-

ción de la Iglesia que tanto le preocupaba a raíz de la convocatoria del Concilio Vaticano II (lo consideraba una oportunidad para que enredara el diablo) y también por su «intención especial», a favor de la cual tanta oración y sacrificio se nos pedía.

Luego los directores quisieron enseñarle al Padre los campos de deportes, a los que se accedía por un túnel de gran anchura que iluminaban a ambos lados unas antorchas convertidas en portalámparas. La estética de las antorchas desagradó a monseñor, que se acercó a una de ellas y la descolocó al grito de «esto es diabólico». Concluido el paseo por el frontón y el resto de las instalaciones deportivas, que daban vista al monte Pedroso, emprendimos de nuevo el camino de regreso por el túnel y observamos estupefactos que las antorchas habían sido arrancadas dejando las bombillas colgando al aire. Me pareció un ejemplo de cómo y hasta qué extremo se obedecía al fundador.

En 1965, concluida la licenciatura en Ciencias Físicas, comprobé hasta qué punto la lucha estudiantil contra el Sindicato Español Universitario (SEU), organización falangista de carácter único y obligatorio, me había contaminado de otras inquietudes y decidí cursar Periodismo en la Escuela Oficial, que ocupaba entonces la trasera del Ministerio de Información y Turismo. Monseñor solía repetir a los suyos que eran «la aristocracia de la inteligencia», que su misión era «la santificación del trabajo ordinario» para «poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas», y para el cumplimiento de esas tareas se concedía especial relevancia al «apostolado de la opinión pública». Debería estar dispuesto a «envolver el mundo en papel impreso». Otra cosa es que yo enseguida comprobara cómo en los ambientes progresistas se profesaba un cierto encono hacia el Opus y que mi pertenencia a la Obra hacía que fuera visto como sospechoso de estar en el mismo bando que los «lópeces», caracterizados como tecnócratas que, carentes de méritos de guerra, como Laureano López Rodó, Gregorio López-Bravo o José Ma-

ría López de Letona, habían articulado otra escala para encararse a los ministerios.

Mantuve mis ideas y me vi precisado a dar la cara por el Opus, viví esa entrega con alegría hasta que alcancé un punto de saturación en el que dejó de tener sentido continuar. Alguno de mis amigos de dentro llegó a plantearme que si yo abandonaba quién quedaría de izquierdas en la Obra. Aclaré que no era de izquierdas, ni me había incorporado para cumplir esa función como ya había manifestado años antes a Javier Ayesta, encargado de las relaciones públicas de la Obra, negándome a ser exhibido como elemento excéntrico ante los periodistas extranjeros que venían de vez en cuando a España para hacer un reportaje sobre la organización. Hablé con Antonio Fontán, miembro connotado del Opus que había sido director del diario *Madrid*, quien me ofreció tanto respeto a mi decisión de abandonar como me pedía para la suya de perseverar. Así fue.

## **Degenerando**

Como he avanzado, tras superar el examen de licenciatura en la Facultad de Ciencias de la Universidad Complutense de Madrid, me gradué en Físicas con fecha de 2 de diciembre de 1965 y me matriculé en los cursos de doctorado de Didáctica de la Física y Técnica de las Emulsiones Nucleares. Mi encaminamiento hacia las ciencias físicas era el resultado del arrastre familiar y del momento que vivía la carrera espacial. En cuarto de bachillerato había elegido ciencias impulsado por las buenas notas en esas materias, porque era un área de conocimiento prestigiosa y por una tradición de tres generaciones a partir de mi bisabuelo, Antonio Aguilar Vela (1820-1882), catedrático de Matemáticas Sublimes, miembro de número de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, que entonces se

fundaba, y encargado por el Gobierno de recuperar el Real Observatorio de Madrid, devastado cuando la Francesada, después de visitar los más importantes observatorios astronómicos europeos, con cuyos directores mantuvo activa correspondencia.

Siempre tuve a ese bisabuelo en el retablo de mis admiraciones. En la senda científica le siguió su hijo, mi abuelo Miguel Aguilar Cuadrado (1869-1925), quien llegó a ocupar el puesto de primer astrónomo del Observatorio. Miguel Aguilar y Stuyck (1901-1950), hermano mayor de mi padre y mi padrino de bautismo, fue también astrónomo y por eso, entre los doce hermanos, estuve predestinado a representar a la cuarta generación de los Aguilar en el Observatorio. A estos antecedentes debe añadirse que las vocaciones hacia las ciencias físicas se multiplicaban en los años previos al de mi ingreso en la universidad, tras el lanzamiento que hicieron los rusos el 4 de octubre de 1957 del Sputnik 1, replicado por los



*Con mis compañeros del curso selectivo de Ciencias, en mayo de 1960, antes de degenerar a periodista. De izquierda a derecha: Luis Alemany, Miguel Ángel Aguilar y Ricardo Álvarez.*

estadounidenses con el Explorer 1. Era el comienzo de la carrera espacial, que se presentaba pacífica, a diferencia de la competición que las superpotencias habían centrado en el armamento atómico.

He de reconocer que nunca he tenido satisfacciones intelectuales comparables a las proporcionadas por la matemática y la física. Por eso puede imaginarse la degradación que suponía abandonar la observación de lo inmutable para prestar atención a la actualidad efímera que, como decía Carlos Luis Álvarez, Cándido, «tergiversa la realidad».

En breve, si hubiera de explicar esa deriva personal desde la inmutabilidad de los astros a la fugacidad del periodismo, debería acogerme a la respuesta que poco después de la Guerra Civil dio Juan Belmonte, el Pasma de Triana, tras torear una benéfica de corto en la plaza de Huelva, cuando una de las admiradoras que lo rodeaban le preguntó cómo podía explicar que su banderillero Joaquín Miranda hubiera llegado a gobernador de la provincia. El maestro, con su tartamudez acelerada, se limitó a decir: «Pues ya ve usted, señora, de... de... de... degenerando».

Otros estímulos para mi deserción de las estrellas vinieron del compromiso en las luchas del movimiento estudiantil contra el SEU, cuando la universidad y los sindicatos ilegales eran los únicos bancos de prueba en que medía sus fuerzas la oposición democrática al régimen.

Nos implicamos en la protesta de los universitarios con la puesta en marcha del grupo que denominamos Acción Social Democrática Universitaria (ASDU). Buscamos una fórmula para que los delegados de facultad recuperasen el control de la situación, que estaba en manos de las llamadas «asambleas libres», las cuales derivaban hacia la violencia. No hay lugar aquí para analizar con rigor y detenimiento cómo se llegó a esta tesitura, pero había que salir de ella. Como delegado de Ciencias Físicas, reuní a los restantes delegados y les propuse redactar una declaración, con el título «Las coordenadas del problema universitario»,



que se hizo pública en la mañana del día 2 de marzo de 1965 simultáneamente en todas las facultades y escuelas técnicas.

Esta declaración constituyó lo que algún corresponsal extranjero dio en llamar «plataforma de los estudiantes para el diálogo con el Gobierno» y devolvió a los delegados el control de la situación, al aclarar de modo satisfactorio y fuera de toda vacilación su compromiso de propugnar la adopción de medidas extremas en caso de que fracasaran las negociaciones que debían emprenderse con el Gobierno. Las autoridades, al advertir la postura de los delegados, máximos representantes de los universitarios, optaron por convocar en el Parador de Villacastín a los firmantes de la citada declaración. Allí elaboraron con el vicesecretario general del Movimiento, Fernando Herrero Tejedor, las bases de las nuevas Asociaciones Profesionales de Estudiantes, perfiladas en el Decreto Regulador del 5 de abril de 1965.

### «Corre pero no vuela»

En los veranos del 64 y 65 cumplí con el servicio militar obligatorio que los universitarios prestaban de manera ventajosa durante sus vacaciones escolares, evitándose perjuicios y discontinuidades en sus estudios. Esta consideración no se ofrecía a los jóvenes trabajadores, cuya incorporación a filas interrumpía muchas veces su dedicación laboral durante doce o dieciséis meses seguidos, teniendo como consecuencia, en algunos casos, la pérdida definitiva del empleo. Había podido observar de cerca la dureza del régimen de vida de quienes servían en la Instrucción Premilitar Superior (IPS) del Ejército de Tierra, en cuyo campamento de El Robledo, en La Granja de San Ildefonso, estuvo Francisco, el mayor de mis hermanos, estudiante de Medicina en la Universidad Complutense. También, las condiciones mucho más favorables del servicio en la Milicia Aérea Universi-

taria (MAU) en la que estuvo el segundo, José María, estudiante de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid.

De ahí que buscara la manera de recomendarme para acceder a la MAU. Formé parte de la XVI promoción, la primera en la que se había eliminado la opción de vuelo que permitía obtener el título de piloto elemental. De modo que, privados de ese adiestramiento aéreo, los integrantes de aquella promoción tuvimos como logotipo identificador un avestruz con la leyenda «Corre pero no vuela». El primer periodo de instrucción en el verano de 1964 lo hicimos en la condición de caballeros aspirantes, es decir, como «malditos», y el segundo, con los galones cosidos en la bocamanga, ascendidos a sargentos. Entre mis compañeros de armas algunos dieron mucho que hablar con el paso de los años, como fueron Alberto Alcocer, Carlos Espinosa de los Monteros, Gregorio Marañón y Bertrán de Lis, Francisco Carrillo Montesinos, Miguel Areilza Churruca, Eduardo Aznar Sainz, Guillermo Piera, Álvaro Arana Ybarra y José Manuel García Margallo, por ejemplo. Juan Abelló y Juan Areilza eran de la promoción anterior. La MAU tenía su base en el aeródromo de Villafría, situado unos kilómetros al norte de la ciudad de Burgos. Allí había tenido una de sus sedes la Legión Cóndor alemana durante la Guerra Civil.

El segundo periodo de instrucción lo cumplí en el verano de 1965. A consecuencia del barullo de la primera noche, en la que no se respetó el toque de silencio, fui arrestado junto al «maldito» que hacía de «imaginaria». Por quebrantarlo seguidamente saliendo a cenar a Burgos, el arresto subió de grado y debí permanecer quince días en el calabozo situado junto al cuerpo de guardia. Como el lugar no reunía las condiciones mínimas, redacté una instancia al coronel que di a leer a varios oficiales sin llegar a cursarla. Tuvo efecto y enviaron al cura castrense para negociar conmigo. Le dejé leer la instancia que proyectaba y al día siguiente dieron satisfacción a todas mis peticiones. Me facilitaron una mesa y una silla, cada día me traían la prensa de Burgos y, ade-

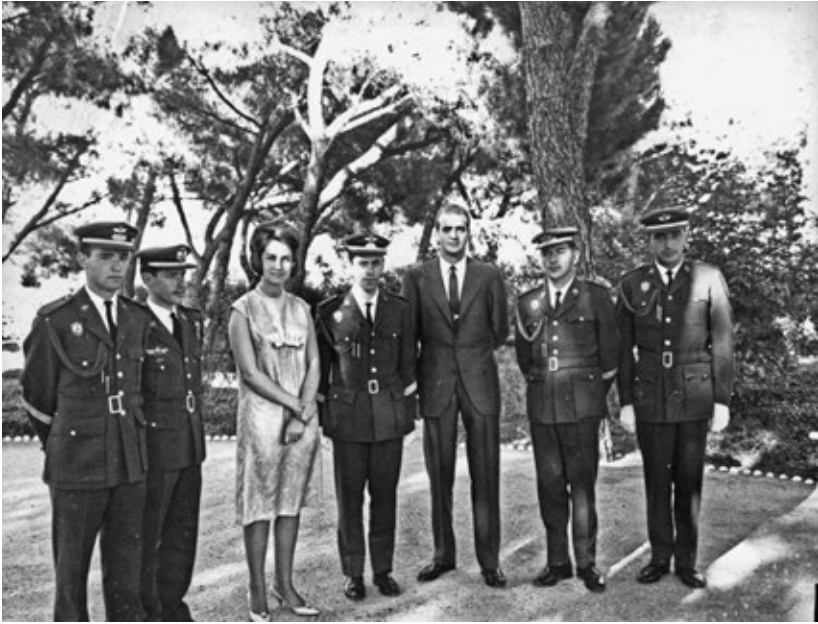
más, dos caballeros aspirantes de la guardia me acompañaban con sus mosquetones hasta el edificio de las duchas para que pudiera asearme. Sucedió que todos los arrestados que habían ido añadiéndose enrollaban al toque de diana el petate y lo subían a lomos hasta su litera en la escuadrilla que correspondiera, y al toque de retreta volvían a bajarlo al calabozo. Pero mi petate era llevado en carretilla por uno de los soldados de la recluta obligatoria, que nosotros llamábamos «guripas». Alguno de los arrestados protestó por la diferencia de trato, pero el teniente contestó: «Es que Aguilar ha hecho una instancia». Nadie más tuvo nada que decir. Más adelante, quien ingresó en el calabozo fue Francisco Carrillo Montesinos. Quiso seguir la misma senda de la instancia, que endureció invocando el Concordato con la Santa Sede para solicitar que le permitieran asistir cada día a misa. Incurrió en el error de cursarla por el conducto reglamentario. Siguieron unos días de incertidumbre mientras el texto llegaba al auditor de la Región Aérea. Pero su respuesta le acarreó un agravamiento del arresto, por formular lo que denominaron «peticiones viciosas».

En el Hotel Condestable y en Casa Güemes, donde el grupo opinante constituido de modo informal se reunía, tratamos de formular propuestas que desbordaran las previsiones del mando. Primero, expusimos al coronel Rodríguez Pardo la desventaja del Ejército del Aire respecto a los campamentos de la IPS dependientes del Ejército de Tierra, que tenían revistas para dar cuenta de la vida en esas unidades de las que carecía la MAU. El coronel estuvo de acuerdo en remediar esa situación, de modo que se formó una comisión *ad hoc* para editar la revista que nos había sido encomendada. Empezamos por visitar las imprentas de Burgos y luego seguimos con las de Logroño para comparar precios y optar por el más ventajoso. Ese merodeo incesante por los talleres nos privaba de la instrucción en orden cerrado, así que pasamos a ser la envidia de los compañeros que nos veían salir mientras quedaban con el mosquetón al hombro.

Acabados los trabajos de la revista que titulamos *MAU-65*, pensamos otra operación: proponer a la princesa doña Sofía que fuera la madrina de la promoción. Conseguimos a través del general Juan Castañón de Mena, que oficiaba de enlace entre Franco y el príncipe, que nos dieran audiencia en el Palacio de la Zarzuela para hacer el ofrecimiento. Constituimos una comisión, que llegó muy mermada a Madrid porque algunos de los integrantes se desviaron a las playas en busca de sus novias y nunca llegaron a la cita de palacio. La princesa aceptó sin dudarlo, pero tuvimos que volver por la tarde para que se hicieran unas fotos, porque sin ellas, como nos dijo Jaime Peñafiel, la noticia hubiera carecido de interés para ser publicada en los periódicos. Por aquellos días me encontraba arrestado. Así que, para que pudiera salir del calabozo, la audiencia con los príncipes se puso a mi nombre. Cuando les comentaron mi condición de arrestado, ambos bromearon y me situaron en medio por si esa posición podía favorecerme. Quisimos hacerle un regalo a la madrina utilizando el importe de las llamadas *sobras*, pequeño haber en mano que se entregaba cada mes a todos los alumnos de la MAU. Nuestra propuesta era que se entendieran cedidas para el regalo salvo en el caso de los que las reclamaran de manera expresa. Pero el mando lo rechazó y tuvimos que ir a pedir a cada uno su contribución, con el consiguiente engorro.

Los príncipes estaban en precario sin título alguno, como meros okupas de la Zarzuela, pero, el 17 de julio, llegaron en un avión militar que tomó tierra después de que lo hiciera el del general Jiménez Ugarte, jefe del Sector Aéreo de Valladolid. Parecía pues una señal de reconocimiento porque la autoridad superior es la última en llegar, pero al general se le rindieron los honores de ordenanza, mientras que la formación se disolvió a paso ligero antes de que aterrizaran los príncipes para dejar de rendírseles a don Juan Carlos. Todo estaba medido al milímetro. Querían evitar pasos en falso sin incurrir tampoco en oficiosidades que les fueran reprocha-

das. La confusión era evidente. Por eso, terminada la misa y la jura de la promoción que seguía a la nuestra, la autoridad militar se dispuso a acompañar a los príncipes para que embarcaran de regreso. Entonces, doña Sofía les hizo cambiar el paso diciendo que quería saludar a sus ahijados, que estaban en un hangar dando cuenta del tradicional vino de honor. Cincuenta años después tuvimos un encuentro con la reina Sofía, en el que recordamos aquel madrinazgo.



*En los jardines del palacio de la Zarzuela, Gregorio Marañón, el capitán Balbuena, la princesa Sofía, Miguel Ángel Aguilar, el príncipe Juan Carlos, Guillermo Piera y Álvaro Arana durante la audiencia para ofrecerle que fuera madrina de la XVI promoción de la MAU. Julio de 1965.*

En ese mismo segundo periodo de instrucción, es decir, siendo ya caballero sargento, me vi conminado a subir al estrado del aula donde se impartían las clases teóricas para contar mi versión de la guerra de Ifni. El capitán que ocupaba la cátedra

había hecho referencia al empleo de los viejos aparatos Junkers y Heinkel, que combatieron en la Guerra Civil. Explicaba que eran el único recurso aéreo disponible, dado que Washington impedía la utilización de los F-86 Sabre, aviones de caza de reacción procedentes de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos incorporados al Ejército del Aire como compensación por las bases cedidas en Torrejón, Morón, Zaragoza y Rota.

Aquella tarde, el caballero sargento Carlos Espinosa de los Monteros pidió la palabra para sugerir al capitán que yo podía aportar detalles de la guerra de Ifni de los años 57 y 58, porque mi padre había estado destinado allí y eso me había proporcionado la ocasión de vivirla de cerca. Pero, como queda dicho, mi padre era médico del todo ajeno a la sanidad militar y jamás había estado en Ifni ni en paz ni en guerra. Todo era pura invención de Espinosa, al que en modo alguno hubiera querido desmentir en ese momento. Por eso, me encaminé a la pizarra pensando en cómo salir del compromiso y me lancé a improvisar una táctica para la guerra del desierto, que denominé «del camello ladrón», atribuyendo su propuesta a un brigada de zapadores de cuyo nombre no quise acordarme. Su idea había sido la de adaptar la fórmula «del palomo ladrón» al medio terrestre. Mientras iba precisando los detalles, con una tiza esboqué cómo las camellas agrupadas en posición de descanso se ponían en pie al percibir la proximidad del camello ladrón, dejando a la vista al moro oculto detrás de cada una de ellas, de forma que estos eran un blanco fácil para nuestras patrullas. Antes de que cesara el desconcierto, concluyó el tiempo de la clase y pude salir indemne. Luego convertí esa intervención en un artículo a doble página en la revista *MAU-65* ya citada. Ha sido la única vez que he colaborado en una publicación militar, aunque firmara con el pseudónimo Millán Grandes.

Como alférez de complemento hube de hacer los cuatro meses de prácticas remuneradas. Fue al año siguiente y pedí des-

tino en el Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial (INTA) porque en un reportaje de *ABC* aparecían controlando la entrada una suerte de guardas jurados. Pensé que, para empezar, no haría guardias. Me lo concedieron. Fui a presentarme para la «toma de razón». Avanzaba por aquel edificio desierto hasta que encontré a un brigada arreglando una estufa eléctrica. Expuse mi propósito de presentarme al mando y fui introducido al despacho de un comandante, que me preguntó si trabajaba en el INTA. Aclaré que solo había sido destinado para cumplir el periodo de prácticas como oficial. Me pidió el teléfono, dijo que si en algún momento hiciera falta mi presencia me llamarían, pero añadió que debía permanecer en Madrid y pedir autorización en caso de ausentarme porque «mientras somos militares estamos sujetos». Cumplí compareciendo solo los finales de mes para recibir la paga. Tomaba un autobús delante del Hotel Balboa, que iba directo a la base de Torrejón de Ardoz, cobraba y volvía. Que la pagaduría estuviera muy lejos del INTA me evitaba la vergüenza de cobrar en un sitio donde para nada acudía. Fue una beca magnífica con paga extra del 18 de julio.